

El FLADEM, participante activo en los movimientos reemancipatorios latinoamericanos.

ALEJANDRO DE VINCENZI

Con motivo de cumplirse, en la década de los 90, cinco siglos de la llegada oficial del imperialismo ibérico al continente americano, poco antes y poco después comenzaron a fortalecerse voces y miradas que cuestionaban aquel pretendido descubrimiento y supuesto encuentro de razas, de diversas formas, más o menos explícitas, dando lugar a numerosas manifestaciones, de las cuales las más visibles eran los Contrafestejos que se realizaban el día 11 de octubre en casi todos los países por parte de las comunidades originarias. En el contexto de esos — años que paradójicamente coinciden con la revitalización global del modelo neoliberal político, económico, cultural, social y educativo — otros movimientos emancipatorios comienzan a tomar fuerza en distintos ámbitos.

Una de esas acciones reemancipatorias ha sido la fundación del FLADEM, ocurrida en enero de 1995 en San José de Costa Rica, por iniciativa de cuatro visionarias educadoras musicales — Violeta de Gainza (Argentina) Gloria Valencia (Colombia), Carmen Méndez (Costa Rica) Margarita Fernández Grez (Chile) — y promovidas por el compositor canadiense R. Murray Schafer. Ellas decidieron romper con la hegemonía político/educativo/académica que las asociaciones internacionales de educación musical ejercían hasta ese momento en todo el mundo, y que profundizaban año a año la discriminación y desvalorización de lenguas, culturas, músicas y metodologías que no fueran las provenientes del mundo central capitalista europeo y norteamericano.

Fue así que se plantea institucionalmente un movimiento que — como generalmente lo digo — existía desde mucho tiempo antes (si bien con expresiones minoritarias, pero visibles) en casi todos nuestros países, un movimiento de miradas pedagógicas diversas, inclusivas de todas las músicas, atentas a las particularidades culturales, abiertas a otros lenguajes expresivos, concientes de dar protagonismo a los sujetos de aprendizaje.

Tal era la fuerza — contenida durante años — de la necesidad de reconocerse y juntarse, que rápidamente la propuesta fue diseminándose por los distintos lugares del continente americano. La fascinación que el primer contacto de tantísimos educadores musicales y estudiantes producía al acercarse a alguna actividad local, regional o internacional del FLADEM era tal que todos sentíamos “este es el lugar que necesitaba, este es el lugar en el que siempre quise estar...”.

La estructura de red horizontal y solidaria que se imprimió en la fundación, la verdadera búsqueda de suma de voces, de cuerpos, de miradas y de energías activas, produjo la magia sinérgica de que todos podíamos sentirnos convocados a participar, a hacer, a proponer y a resolver. Esa fuerza de involucramiento promovió que, año a año, algún grupo de asociados de algún país tomara la posta para la organización del luego llamado Seminario Latinoamericano de Educación Musical, que nunca dejó de realizarse y entonces ya lleva 24 ediciones correlativas, siempre en un país diferente.

Se fue formando y consolidando un corpus ideológico fuerte, plasmado en la Declaración de Principios de 2002, pero sobre todo un grupo humano sólido, amplio, flexible, al que se le van sumando voces permanentes pero que se modifica todo el tiempo, y si bien se renueva, reedita el reencuentro anual que nos fortalece y nos recompromete a continuar en el camino.

¿Pero de qué camino hablamos?

Creo que lo más importante de la acción del FLADEM tiene que ver con la convicción de que no hay recetas únicas, unívocas, jerarquizadas y validadas desde un único centro de poder académico. Que todo puede ser puesto en duda y en cuestionamiento, que la consolidación de una idea está relacionada con la reafirmación de su validez a través de la práctica, que la conceptualización solo tiene sentido si surge de la acción musical y pedagógica real. Entonces, en este posicionamiento emancipatorio cultural, educativo y pedagógico es que surge una decolonización natural, no forzada, no declamatoria sino activa. Se pone en cuestionamiento el modelo unívoco académico que plantea modos prescriptivos de construcción y validación de conocimientos que censuran y silencian a todas las voces que se salen del marco establecido. Sabemos en qué ámbitos más se combate el cambio y la modificación de metodologías de construcción del conocimiento. Es en esos ámbitos en los que necesitamos involucrarnos para torcer el modelo hegemónico, y poco a poco lo vamos logrando.

Estamos asistiendo a un momento histórico de visibilización de voces liberadoras de diversos grupos oprimidos durante siglos y milenios, en los que cuestiones de género, de raza, de identidad sexual, de adscripción religiosa, de posicionamientos políticos, intentaron dejar fuera de la humanidad a muchísimas personas. Se están denunciando muchos tipos de violencia, se están fortaleciendo grupos de lucha social y política que logran entrar a los nudos de poder para cuestionar ese patriarcado instalado en todo el mundo. Ahora bien, mientras aplaudimos y apoyamos estos crecientes movimientos de lucha contra muchas violencias, nos preguntamos: ¿cuándo vamos a consolidar nuestra lucha contra la violencia pedagógica? ¿y contra la violencia institucional?

En el campo educativo estas violencias — si bien son cada vez más reconocidas — están lamentablemente todavía muy validadas, poco cuestionadas, muy aceptadas por toda la comunidad interna y externa. Los modelos de planeamiento y evaluación cerrados, la decisión unilateral de lo que se debe y no se debe hacer, la imposición de cuánto, cómo, cuándo y dónde se debe aprender. Las instituciones educativas están aún demasiado inmersas en modelos autoritarios, y aunque dentro de ellas el campo artístico es el más proclive a producir cambios, aún así todavía no dejan de ser casos aislados.

El FLADEM se propone asumir esta bandera de la emancipación pedagógica, comenzando por tomar a la música viva como un derecho humano, y a la educación musical de calidad como su herramienta transformadora. Pero somos conscientes de que para que ello ocurra debemos transformar definitivamente nuestras prácticas pedagógicas, poniendo en juego lo que FLADEM reconoce como las Pedagogías Musicales Abiertas (GAINZA, 1992).

Ya no se trata solo de llevar adelante una pedagogía de la acción, una pedagogía de la participación o una pedagogía de la creación. El FLADEM viene promoviendo todo tipo de prácticas metodológicas que indican que el cambio se produce en el modo genuino de contacto de las personas con el lenguaje musical, involucrándose activamente y participativamente en la comunicación musical, a través de la apropiación amplia del lenguaje para permitir el desarrollo de “hablantes activos” de la música, que puedan ser no solo receptores sino, sobre todo, emisores de mensajes musicales. Si bien todo esto es condición absolutamente necesaria, y muchos flademianos lo llevan adelante con creciente entusiasmo, el desarrollar prácticas pedagógicas de la acción, la participación y la creación no es suficiente para considerarse enrolado en las pedagogías abiertas.

Las pedagogías abiertas aluden ya no al sujeto de aprendizaje, ese que esperamos sea activo, participativo y creativo dentro del proceso educativo musical. Las pedagogías abiertas aluden al cambio cultural y personal del docente, del maestro, del profesor, que abandona definitivamente prácticas prescriptivas, cerradas, planificadas de antemano, pautadas por un deber ser y un deber hacer, para sumergirse activa y creativamente en el fascinante mundo de la observación atenta, de la lectura de necesidades, de la mirada personalizada, de la elección oportuna de recursos, para elegir las mejores acciones que le permitan llevar adelante su más importante misión que es la de facilitar (ROGERS, 1979), promover y acompañar el verdadero y significativo aprendizaje.

La formación en pedagogías abiertas no es algo que esté institucionalizado, justamente porque su puesta en práctica tiende a romper modelos hegemónicos de dominación epistémica (SHIFRES, 2018), y por lo tanto es necesario diseñar y poner en funcionamiento dispositivos formativos y de conceptualización que nos permitan dar ese salto cualitativo que nos está esperando.

Ya es momento de que FLADEM asuma definitivamente ese reto. Necesitamos crear en varios lugares de nuestro continente programas de formación real en estas pedagogías, incluyendo modelos de organización diferentes a los actuales, que pongan énfasis en la reflexión sobre la práctica y lo conceptual sin perder la esencia de la metodología de taller. Tenemos que abandonar la idea de que estas metodologías solo son aptas para la construcción musical.

Las pedagogías de la acción, la participación y la creación están presentes en los modelos pedagógicos que construimos cotidianamente en nuestros lugares de acción. Por ende, cabe decir que necesitamos ahora involucrarnos comprometidamente en cuestionar qué ocurre con el discurso del docente, la lectura de necesidades, la valorización de los emergentes, la habilitación corporal, la integración de lenguajes (DE VINCENZI, 2001) para producir transformaciones concientes, significativas y permanentes en los procesos de mediación pedagógica que llevamos adelante en vistas a la consolidación de un nuevo modelo de educación musical latinoamericano.

Prof. Alejandro De Vincenzi, Buenos Aires, marzo de 2018